

Consideración de Cataluña

La sociedad y la lengua

La lengua de Cataluña, el uso lingüístico básico y fundamental, y por tanto el centro de organización de la vida catalana, ha sido desde los orígenes que se confunden con la génesis de los romances españoles, el catalán. Creo que este hecho ha de ser el punto de partida para todo planteamiento inteligente —y esto quiere decir veraz— de la realidad de Cataluña y de sus relaciones con todo lo que no es catalán.

**JULIÁN
MARÍAS**

Pero hay que agregar inmediatamente algo que completa lo que acabo de decir: el catalán, a lo largo de su historia, ha convivido siempre estrechamente con otras lenguas; o, dicho en forma algo distinta, la sociedad catalana ha estado definida habitualmente por una pluralidad lingüística.

No olvidemos que durante toda la Edad Media no ha habido "lenguas nacionales", por la sencilla razón de que no había naciones. Los romances surgen sobre una base latina, en un largo proceso evolutivo determinado, aparte de otros factores históricos y literarios, por el sustrato prerromano de los diferentes pueblos donde se originan. Quiero decir que en toda España, como en general en toda Rumania,

se habla latín, y sólo a partir de cierto momento se puede decir que aquello ya no es latín, sino uno u otro romance; pero el latín no desaparece por ello, sino que perdura para ciertas funciones: es la lengua escrita —durante bastante tiempo los romances no se pueden escribir, y luego se escriben precariamente—; es la lengua culta, la de la Iglesia, la del pensamiento, la de ciertas formas de poesía e historia; las "lenguas vulgares" conviven con el latín durante siglos. Esto suele verse desde el punto de vista del latín, pero aquí me interesa la otra perspectiva: las lenguas vulgares no son "únicas", no son la lengua del país, sino que significan una opción; el que habla o escribe tiene que decidir si habla o escribe en latín o en romance; y la decisión depende del estrato social, de la profesión, del propósito. No hay el "automatismo" con que hoy se usa la lengua viva, porque el latín, sin serlo plenamente, no era una lengua muerta, y los romances se estaban haciendo, eran aún lenguas incoativas, titubeantes, en estado de fluidez, aunque cada uno con un principio generador y ordenador. Más que lenguas, eran impulsos y tendencias hacia lenguas que habían de existir después.

Por eso durante toda la Edad Media hay lo que podríamos llamar una fluidez lingüística funcional. Los diversos romances conviven con el latín y además entre sí. No olvidemos que Alfonso el Sabio, que escribe en castellano en la segunda mitad del siglo XIII, cuando compone poesía escribe las Cantigas en gallego. En el caso de Cataluña, esta situación se da por partida doble.

Durante mucho tiempo, los poetas catalanes escriben en pro-venzal, lengua literaria de mucho atractivo y prestigio, usada también en el norte de Italia; una dirección determinada de la lírica se realiza en provenzal; es decir, el "lenguaje literario" es una lengua distinta de la hablada habitualmente, en este caso la de un pueblo vecino, unido por estrecha convivencia.

Por otra parte, la unión con Aragón desde el siglo XII hace que dentro del Estado medieval —el Reino de Aragón— se hablen y escriban permanentemente las dos lenguas: el catalán del Condado de Barcelona y el aragonés— que se va a ir aproximando cada vez más al castellano— del Reino de Aragón en sentido estricto. Es decir, que Cataluña ha formado parte de una pluralidad lingüística dentro del Estado desde tres siglos antes de la unidad nacional.

Querer ignorar que el catalán es la lengua primera de Cataluña, y que está viva desde los orígenes hasta hoy, es una alteración de la realidad, y la realidad reclama siempre sus derechos; olvidar que el catalán nunca ha estado solo es otra falsedad que las cosas mismas se

«Las lenguas vulgares no son "únicas", no son la lengua del país, sino que significan una opción; el que habla o escribe tiene que decidir si habla o escribe en latín o en romance; y la decisión depende del estrato social, de la profesión, del propósito.»

«Querer ignorar que el catalán es la lengua primera de Cataluña, y que está viva desde los orígenes hasta hoy, es una alteración de la realidad, y la realidad reclama siempre sus derechos; olvidar que el catalán nunca ha estado solo es otra falsedad que las cosas mismas se encargan de desmentir.»

encargan de desmentir.

* * *

Es bien sabido que desde mediados del siglo XV, y hasta la época romántica, cuatro siglos después, sólo mínimamente se escribe el catalán. Lo mismo aproximadamente sucede con el provenzal. En cuanto al gallego, su florecimiento medieval termina aún más pronto; el portugués —en la medida en que se distingue de él— no se interrumpe literariamente, pero los escritores portugueses del Renacimiento —ejemplos máximos Gil Vicente y Camoens— escriben indistintamente en portugués y en castellano, que va sintiéndose cada vez más como "español" ("castellanos y portugueses, porque españoles lo somos todos"); y *Os Lusíadas*, a propósito precisamente de las glorias específicas de los portugueses, canta las hazañas de "Urna gente fortissima d'Esanha".

Las razones de todos estos fenómenos convergentes son muchas, pero no demasiado oscuras. Creo que su interpretación más clara se encontraría estudiando la lengua como una forma particularmente importante de uso social. En mi discurso de ingreso en la Real Academia Española estudié hace pocos meses "La realidad histórica y social del uso lingüístico"; creo que algunas de las ideas allí utilizadas podrían ayudar a comprender ciertos apasionantes problemas históricos referentes a la vida de las lenguas en diferentes estratos o perspectivas.

La idea de que un pueblo que conserva su lengua se pase cuatrocientos años escribiendo en una lengua "extranjera" es demasiado inverosímil para que nadie pueda aceptarla. No puedo imaginar, por otra parte, que pudiera hacerse una agravio mayor a Cataluña: equivaldría a la negación más absoluta de su personalidad. Los catalanes no han escrito en catalán, sino en español, durante cuatrocientos años porque escribían en su otra lengua; segunda en su vida, sin duda; primera durante ese tiempo para ciertos menesteres, como en la Edad Media lo había sido para todos los europeos el latín y para los propios catalanes el provenzal en cierta fase de su historia.

Algunos quieren interpretar ese enorme hecho histórico como una consecuencia de la "opresión" del Estado central. Es cierto que el Estado ha sido frecuentemente opresor, y no sólo sobre tal o cual región, sino sobre la totalidad nacional, y con frecuencia sus titulares

han procedido de la periferia; quiero decir que las presiones, aun en la media en que han sido "centrales", no han sido de una región sobre otras, sino del Estado como tal sobre varias o todas ellas, y no ha sido Castilla la menos oprimida, aunque la opresión se haya ejercido "desde" ella. Pero lo decisivo es otra cosa: las presiones se ejercen siempre en cierta dirección y sentido; se aplican a ciertos puntos que interesan en cada momento; son posibles o no según los recursos de que dispone el Poder. Pues bien, las presiones que el Estado de los Austrias o de los Borbones ha ejercido sobre España en general y sobre Cataluña en particular durante los siglos XVI al XVIII no han sido lingüísticas. Ni importaba el uso de una u otra lengua, ni se cohibía, ni el Estado tenía medios ni voluntad de ejercer actividades que tuvieran relación con las publicaciones ni con la enseñanza de la lengua. En la medida en que algo de esto ha existido, ha sido desde el siglo XIX, después del fin del antiguo régimen y la invasión francesa, en especial desde la organización administrativa de tiempos de Isabel II, cuando el Estado español asume una serie de funciones que hasta entonces había considerado ajenas. Ahora bien, esta época es justamente la de la renaixenga, aquella en que a partir de Aribau, Bofarull, Rubio, Milá y Fontanals, Verdaguer, etc., comienza el resurgimiento del cultivo literario del catalán, tras un eclipse de cuatro siglos, y paralelamente a lo que ocurre con el provenzal, el gallego y tantas otras lenguas minoritarias de Europa.

El Romanticismo, que despierta el interés por todo lo peculiar, que incluye —y este es su mérito mayor— una fuerte avidez de realidad y un deseo de respetarla —la raíz última del liberalismo—, atiende a lo diferencial, lo que empieza, lo que perdura como residuo —¡las ruinas!—, lo que ha quedado oscurecido o postergado, lo oprimido por la fuerza o hasta por la mala suerte. El Romanticismo, cansado de homogeneidad, abstracción y racionalismo, toca la corneta para llamar a todas las realidades olvidadas. Es un gran suscitador y un gran resucitador a la vez. Sólo en esta perspectiva se entiende rectamente el florecimiento de las letras catalanas en el último siglo, con todo lo que esto ha llevado consigo.

* * *

En todo caso, si la lengua es un uso social, es la sociedad quien debe regularlo. Toda interferencia no social en el mecanismo de la lengua

« Las presiones se ejercen siempre en cierta dirección y sentido; se aplican a ciertos puntos que interesan en cada momento; son posibles o no según los recursos de que dispone el Poder.»

«El Romanticismo, cansado de homogeneidad, abstracción y racionalismo, toca la corneta para llamar a todas las realidades olvidadas. Es un gran suscitador y un gran resucitador a la vez. Sólo en esta perspectiva se entiende rectamente el florecimiento de las letras catalanas en el último siglo.»

puede ser una perturbación. Podrá haber un aspecto lingüístico de la vida del Estado, y es el Estado quien deberá disponer dentro de él: pero el uso social de la lengua es asunto de la sociedad misma. Es ella, con sus presiones difusas propias, con su sistema de vigencias, con la acción creadora de los individuos que la componen, quien determina lo que se habla y se escribe. Siempre que lo estatal interviene en la esfera de lo específicamente social, ejerce sobre la sociedad una acción que disminuye su vitalidad, provoca fermentos de discordia y a la larga debilita la estructura estatal, ya que ésta no es sino un instrumento directivo de la sociedad.

Naturalmente, cuando hablo de lo estatal y lo social, me refiero a lo que es estatal en cualquier nivel, desde las regiones hasta un posible Poder supranacional, el día que exista en el mundo. Es la espontaneidad de las acciones individuales, encauzada por las vigencias colectivas, orientadas por las fuerzas sociales, quien decide cómo se pronuncia una letra, cómo se forma el femenino de los nombres, cómo se conjugan los verbos, qué entonación se estima y cuál se desdeña, cuál es el vocabulario o la sintaxis correcta, en qué lengua se escriben libros o periódicos, qué se pone en el escaparate de una panadería. Todo lo demás es buscarle tres pies al gato.

El catalán como posibilidad

Hay muchos españoles para quienes la supervivencia y vitalidad de la lengua catalana es... un contratiempo. Algunos creen que es un contratiempo para la nación española, porque introduce un elemento de diversidad, heterogeneidad, fricción o escisión; otros creen que es un contratiempo para Cataluña, porque es un factor de aislamiento, de descontento, acaso de obturación del horizonte histórico.

¿Qué pensar de estas posiciones? Dejemos de lado la reacción elemental y tosca, provinciana, de los que sienten irritación ante todo lo que significa una complicación de cualquier orden, y contraría o invalida sus ideas simplicísimas sobre las cosas. Dejemos también fuera de nuestra atención a los que creen que se trata de algo voluntario, de una "manía" o de gana de molestar a los demás usando una lengua distinta de la común. Si nos quedamos con los que miran las cosas con discreción y ánimo de comprenderlas, y al hacerlo sienten ese malestar, ¿podemos compartirlo?.

Antes de contestar a esta pregunta sería conveniente intentar precisar cuál es la situación lingüística de Cataluña, al menos en sus rasgos generales, sin entrar en detalles difíciles de valorar.

Los catalanes sienten su idioma peculiar como irrenunciable. Una gran parte de ellos lo hablan con plena espontaneidad y naturalidad, como algo obvio; están instalados en él con holgura; es su lengua cotidiana, en la que automáticamente rompen a hablar, en la que inician una conversación, en la que rezan y multiplican y sin duda sueñan. Salvo los muy viejos o residentes en medios rurales y aislados; poseen el español, lo entienden perfectamente, lo hablan a veces admirablemente, a veces mal —que es exactamente lo que les pasa a los hombres de Castilla, Aragón, Andalucía o Asturias—. Transitan del catalán al español sin dificultad, tan pronto como su interlocutor les habla la lengua común, y sienten la tendencia de volver al catalán cuando hablan con las personas que habitualmente lo usan. Esto irrita a algunos no catalanes, que consideran sin razón como descortesía o insistencia poco amistosa en la lengua regional lo que es simplemente la espontaneidad del habla y la resistencia a la "afectación" que supone hablar a los próximos en una lengua que no es la habitual. Hay que contar además un factor fuertemente afectivo: los catalanes sienten hondo apego a su lengua; la usan y quieren usarla; están en ella y la afirman. La razón es clara: en una situación de estricto monolingüismo, la lengua es como el aire que se respira, y apenas se repara en ella; cuando una lengua convive con otras, el hablarla es siempre una opción, y envuelve un movimiento de adhesión que va más allá de la simple e involuntaria instalación.

La situación que he intentado describir es la de la porción mayor de Cataluña, sobre todo —dichas las cosas aproximadamente— la de Lérida, Gerona y Tarragona: las dos primeras, por ser más homogéneamente catalanas; la tercera, la más "levantina" de las comarcas de Cataluña, porque en ella el tránsito entre el catalán y el español es más frecuente. Pero en Barcelona, y en la zona industrial de esta provincia, los fenómenos lingüísticos presentan caracteres ligeramente distintos.

En esta zona hay un número muy alto de no catalanes. De ellos, unos son funcionarios, militares, personas consideradas —con más o menos razón— como "representantes" del Estado; otros son visitantes: hombres de negocios, profesionales, turistas; un tercer grupo, muy

«En todo caso, si la lengua es un uso social, es la sociedad quien debe regularlo. Toda interferencia no social en el mecanismo de la lengua puede ser una perturbación.»

«Los catalanes sienten su idioma peculiar como irrenunciable.»

grande, está constituido por los inmigrantes, en su mayoría obreros, que "se quedan" en Cataluña: "los otros catalanes", para emplear el título del interesante libro de Francisco Candel. Es también la porción de Cataluña en que lo impersonal tiene un papel más importante: rótulos, indicaciones escritas, publicidad; y todo ello aparece ahora en español — en "castellano" como se prefiere decir—, por contraste con el sustrato hablado. Y finalmente, la presencia de lenguas extranjeras acentúa más lo que esta situación tiene de anormal.

Es imposible evitar una pérdida de la naturalidad, la aparición de una fricción, en ocasiones un carácter "polémico" en el uso de la lengua. Los catalanes encuentran "normal" que los que viven en Cataluña, sobre todo si ejercen funciones públicas hablen o por lo menos entiendan el catalán; tienen conciencia de que basta un mínimo de buena voluntad para conseguirlo en breve plazo. Los procedentes de otras regiones sienten que tienen "derecho" a usar la lengua general, ya que están en España; hasta aquí, parece que tienen razón, y creo que pocos catalanes lo discutirían; pero muchos no se quedan ahí, sino pretenden, más o menos expresamente, que los demás la usen también, es decir, que no usen el catalán tan pronto como algún no catalán está presente; y esto es tan irreal como injustificado. El catalán está dispuesto a hablar en español cuanto haga falta, y en general del mejor grado, siempre que se trate del diálogo con el "forastero" o de una fase provisional y transitoria; pero pretende volver a su habitualidad catalana, no sentirse obligado a abandonarla siempre que haya alguien cuya lengua primera no sea el catalán, ya que en Barcelona y en las zonas industriales del país esos contactos son constantes. Si esa pretensión de algunos no catalanes se realizara, el catalán sólo se hablaría en el seno de la familia o en las relaciones amistosas muy íntimas, y esto no tiene sentido. El que "vive" en Cataluña puede y debe aprender catalán —con ello no pierde nada: gana una espléndida e ilustre lengua—; en todo caso, lo suficiente para entenderlo, aunque siga hablando en español si lo prefiere.

En cuanto a la lengua escrita, las cosas son distintas. Es menester no echar en olvido que el catalán no se ha escrito literariamente durante cuatrocientos años; este hecho es tan enorme, que condiciona toda consideración ulterior. Hay que agregar que se ha escrito, en general, muy poco. Todavía son innumerables los catalanes que hablan catalán cotidianamente, pero cuando

escriben, incluso cartas familiares, lo hacen en español, dirán algunos de ellos que esto se debe a que el catalán no se enseña, al menos en las instituciones docentes oficiales. Esto último me parece por lo menos un error; pero el argumento que se deriva de ello no me convence; la cantidad de esfuerzos que ha acumulado Cataluña en un siglo para restablecer y desarrollar la vitalidad del catalán, su difusión y su prestigio hubieran podido superar con creces las deficiencias de la enseñanza oficial sino hubieran intervenido motivos de otro orden, que han disminuido la vigencia del catalán escrito.

Intentaré nombrar algunos de los que me parecen más probables. Durante cuatro siglos, el uso social de Cataluña ha sido leer y escribir en español, aunque siguiera hablando en catalán. Adviértase que la casi entera desaparición de la literatura catalana coincide con la invención de la imprenta, es decir, con el acceso a la lectura de las mayorías. Podemos decir que, salvo minorías muy reducidas, no ha existido el uso de leer en catalán, cuando a mediados del siglo XIX se inicia, no pasa de ser una vigencia parcial, coexistente con otra más fuerte, la de leer en español. Por eso todavía hoy el volumen de lecturas en castellano es abrumadoramente dominante; por eso muchos catalanes, cuya adhesión al catalán es muy viva y que lo hablan constantemente, prefieren leer en español en condiciones "neutrales"; por ejemplo, un libro extranjero traducido. En cambio, es rarísimo el catalán que escribe poesía en español: a la distancia de intimidad de la lírica, el catalán es la única lengua realmente posible.

Por otra parte, los esfuerzos de gramáticos y lexicógrafos, y de algunos escritores, a lo largo del siglo XIX y en nuestro tiempo, por restablecer un catalán "puro" probablemente han restado espontaneidad al cultivo de esta lengua y han introducido una singular "inseguridad" en los que lo escriben. Me refiero a lo siguiente: hace cosa de cien años, los estudiosos del catalán encontraron que estaba "impurificado" y, sobre todo, "castellanizado"; partiendo de las normas de derivación del latín propias de la lengua catalana, intentaron reconstruir un catalán "correcto" y depurado. Ahora bien, las lenguas se forman de manera histórica y muy poco racionalista, de acuerdo con la razón histórica y no con la razón pura abstracta. Las palabras y en general las formas lingüísticas penetran por distintas vías: una, y muy importante, ha

«Los catalanes encuentran "normal" que los que viven en Cataluña, sobre todo si ejercen funciones públicas hablen o por lo menos entiendan el catalán; tienen conciencia de que basta un mínimo de buena voluntad para conseguirlo en breve plazo.»

«El que "vive" en Cataluña puede y debe aprender catalán —con ello no pierde nada: gana una espléndida e ilustre lengua—; en todo caso, lo suficiente para entenderlo^ aunque siga hablando en español si lo prefiere.»

sido en el catalán la lengua de Castilla, como no pocas voces han entrado en castellano a través del catalán, como Corominas muestra con cuidadosa frecuencia. Con arreglo a las leyes fonéticas, en español a la primera comida del día debería llamarse "yendajo", que es lo que probablemente hubiera dado jentaculum en castellano; pero es un hecho que tal palabra no existe, sino que se dice "desayuno". El catalán hablado, es decir, el catalán vivo y real que ha existido durante siglos, estaba lleno de "castellanismos", lo mismo que el español y el inglés y el alemán están llenos de "galicismos", y todos ellos, respectivamente, de "anglicismos", etc. El catalán dice "metge", pero el castellano no dice "menge", sino el puro latinismo "médico". Son muchos los catalanes que hablan perfec-tamete el catalán, pero vacilan y se sienten inquietos al escribir una lengua que sienten en alguna medida "artificial" y distante de los usos verbales espontáneos.

Y no olvidemos, por último, el factor que fue decisivo en el proceso iniciado hace medio milenio: la atracción la fascinación incluso, de la espléndida literatura que se inicia con la Celestina y llega a Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Ortega, Juan Ramón Jiménez y un par de docenas de escritores de las últimas cuatro generaciones; literatura que nunca a sido ajena a los nacidos al este del Ebro.

Yo creo necesario, dado el estado real de las cosas, que el catalán sea poseído con plenitud, escrito con naturalidad y esmero, usado con libertad. Creo que cada cual debe decidir por sí lo que escribe al frente de su tienda, en qué lengua compone e imprime sus libros, revistas y periódicos, cómo conversa o negocia. El amor, el gusto, la conveniencia, el prestigio se encargarán de regularlo. Los catalanes necesitan sentirse plenamente instalados en el catalán para no tener una impresión de exilio; su lengua es lo bastante fuerte y vivaz para haber llegado llena de energía y posibilidades a la segunda mitad del siglo XX. Y esas posibilidades no son sólo catalanas: son españolas. Importa a España tener con un máximo de perfección y vigor sus lenguas regionales, que son otras tantas fuerzas espirituales que aumentan su riqueza. El plurilingüismo puede ser enojoso o perturbador para la vida de un país cuando unas porciones de él hablan una lengua, otras, una distinta. En el caso de España no es así, porque existe una lengua general, que es además una lengua universal, la cual nada tiene que perder de la pujanza y la capacidad creadora de las lenguas regionales.

Y de igual modo, éstas serían un freno o una prisión si estuvieran solas. La más fuerte y fecunda de todas ellas, el catalán, es una lengua limitada, hablada por muy pocos millones de personas, sin repercusiones más allá de fronteras muy reducidas. Es una lengua entrañable para los que la hablan desde la cuna, de espléndidas posibilidades expresivas, capaz de perfección literaria; pero es una lengua confinada. El catalán solo sería una limitación, un factor de "tibetanización" de Cataluña; unido al español, a la segunda lengua propia de los catalanes, puede ser el instrumento y la expresión de su personalidad plena, segura, actual y no arcaica, arraigada y universal al mismo tiempo.

«Todavía son innumerables los catalanes que hablan catalán cotidianamente, pero cuando escriben, incluso cartas familiares, lo hacen en español.»
